

refutar la principal objecion contra esta tradicion, sacada del pasaje de los Actos, xxviii, 22, segun el cual los jefes de la sinagoga de Roma dijeron á Pablo que todo cuanto sabian acerca de la doctrina cristiana, era que se veia combatida en todas partes esta secta nueva ¹.

§ XLIX.

Trabajos de los demás Apóstoles.

FUENTES.—*Natal. Alexander*, Hist. eccl. I saec. t. IV, c. 8, p. 54-60.

Limitándose los Actos de los Apóstoles á la historia de Pedro y Pablo, no hacen mencion del resto de los doce. Esto no carece de motivo, pues no hubieran hecho más que repetir los mismos milagros, los mismos padecimientos y las mismas virtudes. Tan poco se inquietaban los Apóstoles por transmitir á la posteridad la memoria de sus trabajos, cuanto mayor era su celo por propagar la buena nueva hasta los confines de la tierra: de aquí la oscuridad de las tradiciones y la incertidumbre de los documentos. El hecho mas notable que podemos poner en claro, es que doce años despues de la Ascension de su divino Maestro, y antes de separarse y de abandonar á Jerusalem, se dividieron los Após-

rado, como lo han hecho *Spanhemii dissert. de ficta profectioe Petri in urbem Romam* (Opp. t. II, p. 331, etc.); *Baur*, en la Gaceta de Teología prot. de Tub. p. 4, 1831. Las objeciones hechas hasta mitad del siglo XVIII están refutadas en *Foggini, de Romano divi Petri itinere et episcopatu ejusque antiquissimis imaginibus exercitationes historico-criticae*. Florent. 1741. (Dedicado á Ben. XIV). En cuanto á los tiempos modernos véanse las obras siguientes, llenas de una erudicion grave y concienzuda: *Herbst*, sobre la residencia de Pedro en Roma. (Tub. 1820, p. 567). *Dællinger*, Man. de la Hist. eccl. p. 65. *Windischmann, Vindiciae Petrinae*. Ratisb. 1836. *Ginzel*, del Episcopado de Pedro en Roma. (*Pletz*, Gaceta teológ. año XI, p. 1-4, especialmente contra *Mayerhof*, Intr. á los escritos concernientes á Pedro. Hamb. 1835). Cf. *Olshausen*, Est. y crit. año 1838, p. 4; en fin, á *Stenglein*, Episcopado de veinte y cinco años de san Pedro, en Roma. (Tub. O. Schr. 1840, p. 2 y 3). Véanse tambien *Origen. eccl. Rom.* de los Benedictinos de Solesmes, año de 1837.

¹ Act. xxviii, 22.

toles el mundo, redactando en comun el Símbolo de la fe. Santiago, hijo de Alfeo (sin duda el mismo que tambien lleva el nombre de Santiago el Menor, el Justo, el hermano del Señor ¹), fue el primer Obispo de Jerusalem. Estimado hasta de los judíos por su justicia y su dulzura, consolidó su Iglesia, merced á su firmeza ², y recordó en su epístola católica á los Cristianos nacidos judíos, que habitaban regiones apartadas, la necesidad de la fe, probada por medio de obras. Segun el testimonio, digno de algun crédito, de Flavio Josefo, acusado Santiago por el sumo pontífice Anás como violador de la ley, antes de la llegada del nuevo Gobernador, fue apedreado (año 63 despues de Jesucristo), habiendo rechazado la participacion en este crimen hasta los judíos mas celosos, y siendo en su consecuencia depuesto el sumo Pontífice, á peticion que los mismos dirigieron al rey Agripa. *Hegesipo*, posterior á Josefo, cuenta, segun Eusebio, que habiendo rehusado Santiago declararse contra Jesús, fue precipitado por los Escribas y Fariseos desde lo alto del templo, y muerto á manos de un batanero, armado con su instrumento ³. Mateo ⁴, apóstol y evangelista, anunció la palabra de Jesucristo en la Arabia Feliz (acaso tambien en la India y la Etiopia). Felipe ⁵, quien, segun se cuenta, vivió como Juan hasta el fin del siglo I, consumió los últimos dias de su largo apostolado en Hierápolis de Frigia. Segun antiguas tradiciones, Tomás anunció el Evangelio á los partos; Andrés á los escitas ⁶; Bartolomé ⁷ á los de la India, y Taдео ⁸ á Abgaro, príncipe de Edesa. Sabemos con mas certeza que el evangelista Marcos ⁹, el mismo que acompañó á Roma, prime-

¹ *Hug.* Intr. al Nuevo Test. II, 8, p. 317. *Schleyer*, Gaceta teológ. de Friburgo, t. IV. Cf. *Guerike*, Intr. al Nuevo Test. p. 483.

² Act. xv, 13.

³ Cf. *Flav. Jos.* Antiq. XX, 9, 1. Véase *Credner*, Introd. al Nuevo Test. página 481. *Heges.* en *Eusebio*, Hist. eccl. II, 1, 23. *Stolberg*, p. VI, p. 360-65.

⁴ *Rufino*, Hist. eccl. I, 9; *Eusebio*, Hist. eccl. III, 24, 39.

⁵ *Eusebio*, III, 3; V, 24.

⁶ *Eusebio*, III, 1.

⁷ *Eusebio*, V, 10.

⁸ *Eusebio*, I, 12.

⁹ *Eusebio*, II, 16, 24. *Chronic. Paschal.* (Alexandrin.) p. 230, ed. *del Fresne*, Paris, 1688.

ro á Pablo y á Bernabé, y despues á Pedro, si no el fundador, fue al menos el primer Obispo de la Iglesia de Alejandria. En cuanto á la santísima Virgen María, á la que no se puede olvidar tratándose de esta sociedad de elegidos, solo podemos recordar dos tradiciones, una de las cuales cuenta que murió en Jerusalem el 45 ó 47, refiriendo la otra que mucho mas adelante acompañó al apóstol Juan á Éfeso.

Observaciones.— Tillemont, t. I y II, ha reunido cuidadosamente todo cuanto se sabe, segun tradiciones inciertas, acerca de los compañeros de los Apóstoles, citados en el Nueyo Testamento, tales como Lucas, Timoteo, Tito, Lino, Crescencio y el retórico filósofo Apolonio de Alejandria, convertido del Judaismo al Evangelio. (Act. XVIII, 24; XIX, 1; I Cor. I, 12, etc.).

§ L.

Rápida propagacion del Cristianismo en medio de las persecuciones.

FUENTES.— Compendio de la Historia de las misiones cristianas en el imperio romano hasta la caída de este imperio en el siglo V. Strasb. 1843.

Si se considera la rapidez con que se propagó el Cristianismo en el Asia, por la Palestina, la Siria, el Asia Menor, Damasco y Antioquia, Mesopotamia y Edesa; en Europa, especialmente por Grecia, varias islas, por Italia y España; en Africa, con particularidad por el Egipto; si se enumeran las numerosas iglesias establecidas en todas partes; si se tienen en cuenta todas las medidas que fueron necesarias para fundar y organizar todas estas iglesias nacientes, se concebirá una idea consoladora del favor con que desde su origen fue acogido universalmente el Cristianismo. Y no se crea que eran pobres gentes y groseras todas las que componian las comunidades primitivas. Ténganse presentes las numerosas remesas de dinero, de que hacen mencion las epístolas de los Apóstoles¹, la conversion del procónsul Sergio Paulo en Chipre², y las del eunuco de

¹ Act. XIII; Filip. III, 24.

² Act. XIII.

Etiopia, del centurion Cornelio³ y de Dionisio el Areopagita⁴: recuérdense asimismo las relaciones de Pablo con los moradores del palacio de los Césares⁵. ¿Flavio Clemente, tio de Vespasiano, Domitila, su mujer, y otros romanos distinguidos, no pertenecian ya al Cristianismo en los últimos tiempos de la vida de san Juan? Además ¿las frecuentes advertencias de los Apóstoles contra los que introdujesen en el Cristianismo errores sacados de los sistemas de filosofía y teología paganas⁶, no prueban que los sábios del mundo habían entrado en la Iglesia, y amenazaban con introducir en ella las peligrosas especulaciones en que estaban imbuidos?

Los mismos obstáculos que encontró el Cristianismo hicieron mas maravillosa aun su rápida propagacion. ¡Qué obstacion tan violenta la de los judíos incrédulos! ¡qué oposicion tan ardiente la de los Paganos contra Pablo en Atenas y en Éfeso! En fin, ¡qué persecuciones tan sangrientas las de los Emperadores romanos! Claudio destierra de Roma á los Cristianos, confundidos con los judíos (año 53 despues de Jesucristo⁷). Despues del incendio de Roma en tiempo de Neron se hace la persecucion muy cruel y muy dura por espacio de algunos años: durante ella son despedazados los Cristianos en los circos por las bestias feroces, precipitados al Tiber, y untados de pez y encendidos como antorchas para iluminar los barrios de la ciudad⁸. Sin embargo, surgen dudas fundadas sobre la existencia de una persecucion general en esta época, tal como la admite Orosio en el siglo IV. Vespasiano no persigue directamente á los Cristianos (año 69-79 despues de Jesucristo), pero les exige rigurosamente el impuesto personal considerándolos como judíos. Domiciano obró de la misma manera (año 81-96 despues de Jesucristo), condenando además á muerte á Clemente Flavio, acusado de impiedad y de tendencia

¹ Act. VIII, 9.

² Act. XVII, 34.

³ Filip. IV, 22.

⁴ Col. II, 8; I Tim. I, 20.

⁵ Sueton. Vit. Claud. c. 25.

⁶ Tacit. Ann. XV, 44. Suet. Vita Neron. c. 16. Tertull. Apol. c. 5, habla ya de las leyes fulminadas por Neron y Domiciano contra los Cristianos, aunque en parte derogadas por Trajano (*quas Trajanus ex parte frustratus est*).

al Judaismo, es decir, al Cristianismo¹: desterró á Domitila á la isla Pandataria, y á la Póntida á otro de sus parientes, relegando también á Patmos² al apóstol Juan, llevado, segun se dice, de la idea de confiscar los bienes á todos estos proscritos. Hace citar á Roma á alguno de los parientes de Jesús, temiendo su rivalidad; mas los despide al punto viendo sus manos encallecidas por efecto de penosos trabajos³. Bajo el reinado demasiado corto por desgracia de Nerva (año 96-98 despues de Jesucristo), es rechazada como desnuda de fundamento la acusacion de impiedad y de Judaismo⁴.

§ LI.

La Iglesia se separa de la Sinagoga.—Guerra de los judíos.—Ruina de Jerusalem.

FUENTES.—*Flav. Josef.* de Bello jud. lib. VII, var. lect. instrux. et not. illust. Ed. Cardwell. Oxon. 1837, 2 vol. (lo cuenta en gran parte como testigo ocular). *Tac. Hist.* V, 1-13. *Stolberg*, t. VII, p. 1-163.

Desde que hubo nacido el Cristianismo, el Judaismo, que lo habia preparado, debia desaparecer, cumplida ya su mision en la historia y en el mundo. Jerusalem y su templo, centro del culto judaico, no tenian ya desde entonces su valor primitivo, y no podian subsistir por mas tiempo sin dañar al Cristianismo, al que amenazaban con un doble peligro, á saber, la confusion de las doctrinas y la persecucion de las personas. Los Cristianos nacidos judíos debian ser las víctimas principales de esto; pero al mismo tiempo siguiendo apoyándose en el culto antiguo, mezclado con el nuevo, fomentaban en la Iglesia contra los Paganos recibidos en su seno un espíritu de division completamente contrario al Cristianismo, y tendian á pro-

¹ *Dio Cassius* y la epist. de *Xiphilino*, LXVII, 14. *Euseb.* Chron. lib. II. *Hieronym.* ep. 86.

² *Tertull.* Praescr. haer. c. 36; *Euseb.* Hist. eccl. III, 20.

³ *Euseb.* Ibid.

⁴ *Dio Cass.* LXVIII, 1.

ducir una amalgama de las dos religiones todavía mas deplorable.

La ruina de Jerusalem y de su templo fue, pues, de una alta importancia para la propagacion y triunfo de la Iglesia cristiana¹, tal como lo habia predicho el Salvador de una manera positiva, cuando el templo estaba aun en todo el esplendor de su gloria y de su magnificencia. Los judíos, en otro tiempo instrumentos escogidos por la Providencia para la realizacion de los designios de Dios, querian prevalerse á los ojos de las naciones de las prerrogativas de que estaban completamente desposeidos. Las mas tiernas pruebas de la misericordia divina, así como los castigos mas terribles, no habian podido atraer á este pueblo de dura cerviz á aceptar libremente su verdadera mision sobre la tierra, y á conformarse espontáneamente con los designios de Dios. Habia interpretado las mas sublimes profecías sobre el Salvador en un sentido político y estrecho; negaba con tanta mayor fuerza la realizacion de estos oráculos divinos, cuanto mas vana iba quedando su esperanza y siendo su decepcion mas notoria, por efecto de la fundacion de la Iglesia de Jesús, despreciada y reprobada por ellos, y la duracion del imperio romano. Oprimido por los prócsules romanos en Cesarea el pueblo querido de Jehová, creyó llegado el momento de la venganza, y se rebeló abiertamente bajo el proconsulado de Casio Floro (64 despues de Jesucristo), y atacó con las armas en la mano el poder de Roma (66 despues de Jesucristo), envalentonándose con la derrota de Cestio Galo. Mas no estaba léjos el dia en que las espantosas desgracias lloradas por el Salvador debian agobiar á Jerusalem, donde la sangre del Hombre-Dios iba á recaer gota á gota sobre los hijos réprobos de Israel. Encargado Vespasiano por Neron del mando, invadió la Galilea, á la cabeza de un poderoso ejército (67 despues de Jesucristo), y se apoderó de Jotapata, su mas fuerte ciudadela, despues de una defensa obstinada de cuarenta dias, degolló á cuarenta mil judíos, y sometió toda la provincia. Llenos de impaciencia los soldados romanos victoriosos, ardian en deseos de terminar la guerra con la toma y ruina de Jerusalem; pero el prudente

¹ Cf. *Dieringer*, Sistema de los hechos divinos, t. I.

Vespasiano espío el momento favorable que debian proporcionar-le necesariamente las divisiones intestinas de los judíos. En efecto, los ancianos experimentados querian la paz, mientras que la juventud temeraria, irreflexiva y belicosa, se precipitó en Jerusalem donde fue acogida por Juan de Giscala. Entonces Vespasiano sometió toda la Judea, y cada vez mas imponente, acampó delante de Jerusalem, aguardando las órdenes del Emperador que debia haber sucedido á Neron. Mas el ejército romano sublevado no tardó en proclamarle Augusto; y su hijo mayor, Tito, llegó con nuevos refuerzos ante los muros de la desgraciada ciudad, cuyos defensores se degollaban los unos á los otros despues de haber combatido al comun enemigo. Acordándose entonces los Cristianos de las palabras del Señor: «Cuando veais rodear un ejército á Jerusalem, sabed que está cercana su ruina¹,» huyeron hácia Pela de Galilea: tambien entonces vieron los judíos realizarse á la letra las desgracias predichas por Jesucristo; pero nada fue bastante á triunfar de su invencible obstinacion, ni los horrores de la civil discordia, ni las angustias del hambre que se ostentó asquerosa, insensata y horrorosa en la hija desesperada de Eleazar. La horda de Simon habia robado á las mujeres ricas y distinguidas todo cuanto poseian. María se moria de hambre, y de inanicion el hijo que amamantaba sobre sus exhaustos pechos: le mata, asa al fuego al hijo de su amor y sus dolores, come una parte de él, y entrega el resto á la ávida tropa que invade de nuevo su casa, exclamando con rabiosos y desesperados acentos: «¡Este es mi hijo! ¡yo soy quien lo ha matado! ¡comed! ¡yo tambien he comido de él! ¡seréis mas delicados y compasivos que una mujer y una madre!»

La noticia de este inaudito crimen se esparció instantáneamente por la ciudad llegando hasta el campo romano. Si los judíos, cada vez mas obstinados, hicieron el mismo caso de estas terribles experiencias que habian hecho de las palabras del Salvador: «Bienaventuradas entonces las estériles y las que no tengan hijos, y aquellas «cuyos pechos no hayan amamantado,» los romanos, hartos ya de horrores, resolvieron terminar victoriosamente la lucha sepultan-

¹ Mat. xxiv; Luc. xxi, 6.

do estos crímenes bajo las ruinas de Jerusalem. Cayó en efecto espantosamente, incendiándose el templo en medio del horror mas pavoroso (año 70 despues de Jesucristo), y á pesar de los esfuerzos que para salvarle hizo Tito.

La pérdida de su nacionalidad, y su dispersion por toda la extension de la tierra, tal fue la suerte de los judíos, al paso que la Iglesia de Jesucristo comenzó á extenderse generalmente por el mundo.